

Miguel de Valencia

## **Glosas de la cultura actual**

Recientes estudios acerca del origen de las leyendas demuestran que éstas tienen, casi siempre, una base real, de verdad que ha ido deformándose por obra y gracia del fluir temporal y de las innúmeras versiones del hecho primitivo. Hoy día, nadie ignora que muchas leyendas griegas explican facetas del vivir cotidiano de unos hombres que tenían respeto a sus dioses, pero que no dudaban en mortificarlos y brindarles algunas atrevidas bromas. Por ejemplo, la conocida leyenda de Teseo y del Minotauro explica la manera heroica de terminar con la dominación de los egeos.

En esta oportunidad, queremos referirnos a una leyenda chilena, verdadera en todas sus motivaciones y consecuencias humanísticas. Se trata de la vida de una mujer, llamada Elisa Bravo, joven perteneciente a linajuda familia, allá por los años de la conquista de Chile.

Según documentos fidedignos, era Elisa Bravo una belleza de 20 años. Casó con un hombre que la doblaba en edad y salió inmediatamente para Europa, en uno de aquellos buques de vela que tardaban cinco meses en llegar a España, cuando, por desgracia, no perecían al doblar el Cabo de Hornos. Un temporal hizo naufragar la embarcación. Los sobrevivientes cayeron prisioneros de los araucanos. Pero fueron puestos en libertad, a excepción de Elisa. Las razones fueron sencillas. El jefe araucano, Luncayán, se enamoró de

aquella beldad. Sólo al correr del tiempo pudo hacerla su esposa, no sin antes haber luchado, con paciencia, para conseguir los frutos de su insistencia. Y aquí se tejen y anudan los hilos de una leyenda chilena, muy conocida en el sur. Pasó el tiempo, unos blancos regresaron hasta los dominios de Luncayán, quisieron libertar a Elisa Bravo, pero ésta les mostró cinco hijos habidos con el jefe araucano. Jamás quiso volver con los suyos, prefiriendo seguir la vida que los acontecimientos borrascosos le habían deparado.

Para muchas doncellas chilenas esta leyenda es algo así como el símbolo de un amor florecido entre las selvas del sur. Pero en ella existe la verdad. Elisa Bravo es una especie de símbolo de esos avatares que la casualidad hace vivir a determinados mortales. Y una vez más, se comprueba que en la base de ciertas leyendas rebulle siempre una verdad, un símbolo, humilde o rutilante.

Quizás la historia anecdótica de algunos países o de ciertas regiones geográficas adquiere un sentido imprevisto, cuando los hechos más significativos se explican y se entienden al socaire de leyendas que dormitan en los más íntimos estratos sociales. A veces, el hecho concreto dispara la fantasía de los poetas, dando origen a una fabulación, a una literatura de hondas compensaciones psicológicas. En otras oportunidades, la creación legendaria es anterior, produciendo impulsos sentimentales que llegan a cristalizar en acciones reales.

Glosar los puntos esenciales de esta leyenda chilena tiene una finalidad: llamar la atención sobre las nuevas orientaciones de la crítica literaria, sobre una técnica y un laborar estético que remonta el origen de las producciones para ir a detenerse en los hontanares válidos y verídicos. Digamos que determinadas creaciones del espíritu adquieren nuevos significados, cuando se las ilumina con estas luces. Por ejemplo, hoy día, nadie ignora que el inmortal *Poema del Cid* es un producto típico de una literatura de compensaciones. Lo mismo ocurre con *La chanson de Roland*, con *La Ilíada* y con *La Odisea*.

Desde el fondo emotivo de las leyendas, nos es dado el prodigio de redescubrir los iniciales impulsos concretos que dispararon la inspiración creadora de algunos hombres.

\* \* \*

“Los majos enamorados” es el subtítulo de *Goyescas*, la exquisita obra pianística del músico español Granados. Con frecuencia, figura en los grandes conciertos. Ahora, su éxito ha sido definitivo en la Sala Pleyel, de París. La interpretación ha estado a cargo del pianista José Falgarona, del Conservatorio de Barcelona.

He ahí que una obra esencialmente musical es motivo de interesantes estudios literarios, irrumpiendo, así, en el área de la música explicada con fines didácticos. En varios liceos franceses se han hecho experimentos psicológicos; a base de estas “Goyescas” que recogen un interesante matiz de la psicología hispana.

La obra de Granados consta de seis fragmentos, al parecer independientes. Mediante ciertos nexos musicales, el autor pudo convertirla en ópera. Granados sintió una profunda admiración hacia Goya. Sus personajes y situaciones musicales están inspirados en los cuadros del maestro aragonés. Su primera parte, “El Pelele”, diríase arrancada de uno de los cartones del eximio pintor. El ritmo vivo y apresurado evoca a un grupo de zagales, jugando con un muñeco de paja, distracción frecuente en algunos pueblecillos hispanos.

“Los requiebros” es otro momento anecdótico. Dos amantes se encuentran y se prodigan frases entre amorosas e incendiarias.

“El coloquio de la reja” permite la expresión de íntimas vibraciones. Los técnicos musicales nos dicen que este fragmento exhala un perfume de música morisca, con sus vinculaciones de tipo oriental.

“El fandango del candil” es una danza popular. En ella alternan los momentos febriles y de calma espiritual. Este fandango, explicado en términos literarios, nos revela insondables aspectos del alma.

“La Maja y el Ruiseñor” es una página de acendrado amor. Granados consiguió plasmar todos los matices amatorios y eróticos que forman parte del amor, de sus esperas y de sus culminaciones.

“El Amor y la Muerte” nos indica que el amante ha sido mortalmente herido en un duelo. Y la totalidad de la obra se cierra con

una "Serenata del Espectro", para indicar que el espíritu del amante brinda una serenata a su dama. Suena una campana y el espectro se desvanece para siempre. Así, partiendo de los temas goyescos, concibió Granados su obra, divulgada ahora con fines didácticos, de enseñanza musical. Se trata, pues, de una labor en beneficio de los escolares y de muchos adultos. Quizás determinados espíritus verán en esta obra la culminación de unos temas literarios, felizmente enlazados entre las coordenadas de unos ritmos funcionales. Y las personas que no saben vivir los grandes mensajes de la música encontrarán una manera valiosa de encauzar sus nacientes lucubraciones.

Sin duda, sería interesante establecer un contraste entre la música no explicada y las creaciones que exigen unas pautas didascálicas para que su mensaje no vuele muy lejos de la sensibilidad.

\* \* \*

Un comité de estudiantes de la Universidad de Tokio ha reunido un conjunto de cartas de sumo interés. He ahí que tales epístolas fueron escritas por estudiantes japoneses que, durante la pasada guerra, combatieron en Extremo Oriente, en las montañas de China, en las islas del Pacífico, en las selvas de Birmania.

Los documentos ahora publicados son un antecedente de los profundos cambios que habrían de operarse en la vida oficial y privada japonesa. Aquellos estudiantes eran pilotos de aviones suicidas. Escribían sus cartas en momentos decisivos, poco antes de partir hacia la muerte. Y hablaban de las castas militares, del horror a la guerra, de los torpes afanes de conquista.

Creían en la posibilidad de tiempos diferentes a los que les cupo vivir. En sus cartas, dirigidas a sus familiares, abordan el tema de la libertad; de una nación japonesa en donde no haya de vivirse en castas cerradas, con un gobernante máximo que esté más cerca de los mortales, del pueblo que sufre y trabaja.

Conocidos son los cambios habidos en la vida japonesa. Aunque se produzcan, de vez en cuando, rebrotes del pasado feudalismo, el

ciudadano japonés ha empezado a saber que su soberano, no obstante su alta jerarquía, es un mortal y no un heredero directo de atribuciones divinas. En nuestros días, la familia real japonesa vive y convive de manera casi directa con el pueblo. Y hasta los niños de la gente más humilde se atreven a enfrentar la mirada de tan reales personajes.

Las cartas de los estudiantes japoneses son un documento precioso para entender su concepción de la guerra y de los principios de libertad. Sin duda, ellos mismos, cuando se aprestaban a pilotear sus aviones suicidas, sabían que algo estaba fallando en sus más arraigadas convicciones. De ahí el valor humanístico que sus escritos tienen para la posteridad.

Hoy día, viviendo las consecuencias de la guerra, cuesta trabajo comprender el concepto que tenían determinados grupos de japoneses. Pero los estudiantes que ahora pueblan las universidades japonesas han afinado sus concepciones, su afán crítico se ha hecho más sutil. Sin duda, los viajes colectivos de algunos grupos de gente joven, el conocimiento de otras culturas y de otros paisajes geográficos y humanos habrá de producir un efecto saludable en ideas ya periclitadas.

Antaño se decía que la historia se repite, que los protagonistas y los espectadores del hecho histórico vuelven a cometer los mismos errores. Sin embargo, el progreso con el aporte de interesantes capas espirituales ha remecido la sensibilidad de los hombres. Y en toda repetición de hechos fundamentales o ancilares rebulle la nota original, el matiz progresivo que hace decantar los valores humanos. Por esta razón, las cartas de aquellos estudiantes japoneses son el testimonio de una nueva manera de enfocar las realidades, son como la flecha disparada por certeros sagitarios que tenían la esperanza de alcanzar un blanco. A los estudiantes de la hora actual les está reservado el prodigio de comprobar la eficacia de su sacrificio.

\* \* \*

Desde las actuales maravillas técnicas se traza la historia retrospectiva, que se detiene en las primeras conquistas del hombre pre-

histórico. Con la enumeración de estas sucesivas maravillas se va trazando la historia del progreso humano. Quizás para llegar a decir que la vida actual es mucho más complicada que lo fuera antaño.

Cada vez que las revistas científicas prodigan esta clase de informaciones, el individuo que sufre y goza por obra y gracia de la técnica tiende su vista y su atención hacia los tiempos que ya fueron. Y entiende que los hombres primitivos tenían su concepto de la felicidad, conseguida, tal vez, con menos esfuerzo que ahora. Así se demuestra en una modernísima Historia del Progreso, redactada por especialistas de diversas nacionalidades y publicada en Alemania.

¿Cómo surgió el progreso?

Parece ser que el lenguaje sirvió de nexo entre los individuos. De la charla y de las reuniones entre los individuos de distinta familia, nació una industria rudimentaria. Más tarde, el hacha, la lanza y la maza impulsaron a la comunidad para lanzarse a la conquista del mundo, es decir, de su orbe vital. El comercio dio sus primeros vagidos. Los habitantes de latitudes distantes sintieron el deseo de poseer objetos extraños, de gustar productos agrícolas desconocidos o poco abundantes. Y entonces, los primitivos alfareros confeccionaron sus vasijas, las dibujaron graciosamente, copiando los elementos decorativos de su flora y de su fauna.

La araña enseñó a hilar a los hombres. El vestido cubre los cuerpos, adelanta los primeros factores de una moda que al correr de los milenios hará furor en ciertas mentalidades, tanto varoniles como femeninas. Con la metalurgia se multiplican las fundiciones y herrerías. Pronto aparecerán las primeras máquinas, inspiradas en la rueda, en el torno, en los rústicos mecanismos creados para moler los cereales. El camino está indicado. La rueda hidráulica de los tiempos de Cicerón dará la pauta para llegar a las turbinas y a los motores cohetes. Las ansias del maquinismo están ardiendo. Y hoy día ya se adivinan nuevas y originales maravillas técnicas, para correr por la tierra, para surcar las aguas y los cielos. La cibernética, la ciencia de los robots, anuncia creaciones de aparatos que alguien se atreve a juzgar de imposibles.

Hace poco se hicieron experimentos con máquinas traductoras. El resultado ha sido deficiente. Y ello es así, porque la máquina jamás podrá reemplazar totalmente al hombre, el cual sigue siendo la medida de todas las cosas, tal como lo dijera un filósofo, hace milenios.

\* \* \*

Los sociólogos de la hora actual dicen que la historia la escriben los pueblos y no las razas.

Recordemos que las razas son diversas en número. No es raro leer los siguientes nombres de razas: caucásica, papúa, dravídica, mongólica, africana, primitiva, negra, australiana, americana, polar, etc.

Posiblemente uno de los aspectos más interesantes de este problema sea el que se refiere a la muerte de las razas, en virtud de una declinación inexorable, quien sabe si de un perfeccionamiento. Basta con recordar, por ejemplo, la desaparición de los hombres de Neanderthal y de Cro-Magnon. Tal vez, la declinación de algunos grupos raciales sea debido a su falta de adaptación al medio. Así ha ocurrido y sigue ocurriendo a los habitantes de Groenlandia y del norte del Canadá, en donde los fríos intensos siegan las vidas, sin sucesión.

Pero hay otros grupos que resisten y conservan sus lejanas características. Un caso típico es el de los onas, habituados al frío e inclemencia. Por esta razón, cobra adeptos la hipótesis de una antiquísima invasión australiana de América, a través de la Antártida, en épocas de menos rigor, cuando la desolada región del sur pudo ser habitada en condiciones casi normales.

Se ha dicho que las razas se defienden cruzándose. Algunos grupos raciales ven multiplicadas sus posibilidades al cambiar de clima. Un ejemplo nos lo proporcionan los negros de Norteamérica, mucho más prolíficos que los mismos blancos. En más de una oportunidad se ha hecho resaltar que los negros libertos, cuyos descendientes fundaron la república de Liberia, al volver a su primitivo

ambiente, vieron disminuidas sus facultades. Jamás han podido elaborar una sólida cultura.

La muerte de las razas es una realidad. La falta de natalidad en los blancos es una amenaza. Por eso se habla de un futuro predominio de las razas de color. He ahí las recientes conclusiones de un grupo de antropólogos, que anuncian la publicación de interesantes estudios.

\* \* \*

Los filósofos y economistas, los profesores y teóricos de la política han coincidido en la urgencia de fijar la imagen del hombre actual, los valores que harán posible una eclosión perfecta.

Como es lógico, cada sector humano, sus dirigentes, enfocan el problema desde ángulos dispares. Y en efecto, se perfilan los trazos de variados tipos nominales, quizás acordes en la finalidad última, pero con matices peculiares, algunos muy acusados, como si volviéramos a la idea de una especialización más o menos radical.

Y ello es así, porque la realidad del vivir, la fluencia existencial en su amplio y generoso sentido, indica la conveniencia de formar grupos que, reuniendo las notas de un humanismo indiscutible, exhiban al mismo tiempo ciertas habilidades para el desempeño de una función específica con las máximas seguridades de eficacia. La pedagogía muestra ahora sus dos vertientes cristalinas, dos direcciones que partiendo de un centro común enfilan rutas y horizontes cada vez más diferenciados, si bien unidos mediante hilillos sutiles, por nexos que hermanan las diversas profesiones.

La orientación profesional, la selección de acuerdo con las habilidades personales, adquiere de esta forma un nuevo sentido, una dimensión, no espectacular, sino de íntimas colaboraciones.

Como es sabido, estamos en un período de crisis y de transición. Los antagonismos entre los grandes grupos ponen en peligro la existencia misma de la especie. Según ha expuesto el profesor Rafael Delgado, en su obra *Introducción a una Filosofía de la Era Atómica*, el hombre se organiza en grupos que constituyen sistemas diferen-



ciados, con vida propia, los que se mueven por ideologías e intereses en conexión íntima. Para afrontar la nueva época, que ahora comienza, la inteligencia humana debe buscar nuevas fórmulas de convivencia, una transformación de las relaciones entre los grupos. No cabe duda de que para superar la crisis presente han de buscarse soluciones que abarquen las relaciones del hombre con su medio, de los grupos humanos entre sí, dando lugar al nacimiento de una nueva cultura que pueda ser compartida por la especie entera, única manera de aprovechar orgánicamente un mundo, cada vez más unido y mejor organizado.

Con razón se ha dicho que las posiciones básicas del pensamiento filosófico no son últimas e irreductibles. Cabe superar las antinomias entre idealismo y materialismo, entre la filosofía racional y la intuicionista.

Después de serios estudios se vuelve a enfocar el problema de la selección de habilidades, partiendo de un exacto conocimiento de las aptitudes. Los exámenes de aptitud profesional se orientan científicamente. Y se dice que una selección inteligente de los hombres producirá en los pueblos una revolución mucho más considerable y validera que la introducción y paroxismo de las máquinas. Hoy día, puede afirmarse con entera razón que la gran parábola de la vida moderna ocasiona profundas modificaciones en el ejercicio de las actividades humanas.

Los pedagogos suizos en colaboración con los técnicos franceses revisan los viejos tratados de orientación y selección profesional. Y estudian la manera de fijar las condiciones básicas que exigen determinadas profesiones. Tales, por ejemplo, las de diplomático, médico, periodista, aviador, etc. He ahí unas profesiones de significación crucial en los aspectos de nuestra cultura.

La idea de calibrar en su justo límite las diferencias reales y potenciales de los hombres es tradicional. Ya en el siglo IV antes de Cristo, se habla de una obra búdica. En ella se fijan los grados de inteligencia en el individuo, mediante comparaciones con los animales, plantas y mundo inorgánico. *Los Caracteres*, de Teofrasto, la teo-

ría de los humores, de Galien, las teorías fisonómicas, de Savatier, la frenología, de Gall, los estudios de Mendel se enlazan con las orientaciones puestas en vigencia a partir de Freud y Adler, de esos hombres que, al romper la redoma sellada en donde yacían los complejos y minusvalías, abrieron nuevos horizontes a la ciencia del hombre, al estudio de sus posibilidades, de su facilidad de adaptación, de su efectividad para ciertas ocupaciones.

Los estudios recientes del francés Roberto Vauquelin sobre las aptitudes funcionales han reforzado la idea de las que las aptitudes profesionales, equivalentes en cierto modo a disposiciones naturales, se hallan sometidas a oscilaciones variables. Stern ha formulado su teoría sobre la variación de las cualidades y aptitudes sensoriales, intelectuales, afectivas, elementales y complejas. Y Pierre Janet, en sus últimos años, estableció una jerarquía de aptitudes, fundada en el orden en que éstas son destruidas por las enfermedades mentales.

Finalmente, la caracterología, estudiando la manera especial que tiene el alma de manifestarse, ha sentado las bases para determinar el carácter profesional, mediante el examen de la inteligencia, después de haber determinado doce trazos del carácter.

He ahí, pues, que las actuales investigaciones en torno a las aptitudes profesionales tienen una finalidad, se apoyan en una brillante tradición.